

***Tres Estudios bio-bibliográficos sobre Marcelino Menéndez Pelayo.* Benito Madariaga de la Campa, Ciriaco Morón Arroyo, Adolfo Bonilla y San Martín. R. Sociedad Menéndez Pelayo, Santander, 2008.**

<https://doi.org/10.55422/bbmp.597>

Bajo este discreto título, que puede sonar a investigación erudita, nos ofrece Benito Madariaga, autor del texto, en compañía del profesor Ciriaco Morón y de la primera bibliografía de Menéndez Pelayo llevada a cabo en el tiempo por su discípulo Adolfo Bonilla, lo que quiero calificar de «regreso» a la figura y la obra del hombre, del historiador, y en definitiva del sabio que fue el autor de *Los Heterodoxos*, conocido tal vez, aunque no por casualidad, si bien parcial e injusta, precisamente por este título.

Como es sabido, las figuras relevantes suelen yacer ocultas bajo la espesa capa de adjetivos que, no sólo las recubre, sino que también parece justificar a cuantos las nombran mucho más que las conocen, exonerándolos de la pesadumbre de tener que tomarse la molestia de estudiarlas. He conocido a eruditos supuestamente «menéndezpelayistas» que nunca se pararon a abrir las páginas de la edición en rústica de las Obras Completas del «Maestro». Sin llegar a semejante extremo, la memoria juega a casi todos con el paso del tiempo no pocas faenas. Uno se fía de viejas lecturas, trastrueca pormenores, olvida aspectos incluso importantes y el resultado es la inexactitud, cuando no el error puro y simple. No hay por qué dar nombres de estudiosos más que notorios cogidos «in fraganti».

La cosa se agrava cuando a la nombradía del autor se añade una obra cuantiosa. Se impone pues el «regreso». Y este es el caso de Menéndez Pelayo. El trabajo de Benito Madariaga, de apariencia sencilla, de fácil lectura, obedece a ese propósito de regresar al hombre y a su obra ingente. Notas, las imprescindibles; acompañamiento de personas – entorno familiar –; de figuras contemporáneas – amigos y adversarios; viajes del protagonista y sucesos de la época. Cuanto necesita el lector, incluso el «desprevenido», para entender quién y cómo fue el autor que acumuló tamaño saber y lo dio forma en obras memorables.

No ha sido, ciertamente, Benito Madariaga el primero en proponer ese regreso, pero sí en hacer encajar y sintetizar todas las piezas de la imagen de un Menéndez Pelayo con harta frecuencia desconocido o – cosa más grave – falseado. Bien es verdad que hubo desde inmediatamente después de su fallecimiento discípulos que se ocuparon de fijar su figura y su significación, como Ramón Menéndez Pidal y Adolfo Bonilla San Martín, a los que cabría añadir su condiscípulo en los años juveniles de Barcelona Antonio Rubió.

El primero había dado en Buenos Aires en 1914 todo un cursillo de conferencias en las que puso de relieve la vida del Maestro como «una incesante y apasionada búsqueda de la verdad, un perenne anhelo por llegar a la más pura comprensión de la belleza, sin que el amor propio le impidiera nunca el afrontar las rectificaciones más francas». Lástima que el texto no debió de publicarse entonces, pero lo que sí hizo Menéndez Pidal fue reafirmarse en las consideraciones que allí expresó cuantas veces volvió sobre la figura de su admirado don Marcelino.

El segundo discípulo, Adolfo Bonilla, es el autor de una biografía publicada en 1912, y de una bibliografía hasta la misma fecha, modelos ambas de fidelidad y de conocimiento cabales. Una línea que proseguirá hasta nuestros días por obra de numerosos conocedores a fondo de lo que fue y significó el hombre que escribió *La ciencia española*, la *Historia de los Heterodoxos españoles* – páginas juveniles, polémicas,

entusiastas pero inmaduras, en las que luego encontraría tanto que corregir -, pero también la *Historia de las Ideas estéticas*, la *Antología de poetas líricos*, los *Orígenes de la novela* y la serie incontable de títulos de su también precoz madurez. Línea proseguida hasta nuestros días como se acredita en la escueta bibliografía de las notas de este estudio, y por lo demás casi inabarcable en su totalidad. He de contentarme aquí con mencionar los dos volúmenes *Sobre Menéndez Pelayo* publicados en 2003 por la Universidad M. P. de Santander, que encierran el interés de reunir una serie de escritos, de escasa difusión hasta hoy, pero de notoria significación.

El lector de la obra de Benito Madariaga hallará todo esto y mucho más en el escueto relato de una existencia volcada desde muy pronto sobre la investigación histórica y literaria. Una biografía que a mí me ha parecido siempre «exagerada» en el ritmo temporal: pasmoso en el trabajo acumulado, inusitado en la escritura cada vez más eficaz, más lograda en su transparencia y belleza literaria; precoz en la irrefrenable curiosidad desde el umbral de la adolescencia, casi desde la niñez, y cuya brusca interrupción, antes de los sesenta años, también vino a resultar anticipada.

Inevitablemente, el jovencísimo Marcelino, antes de convertirse en el «don Marcelino», muy pronto reconocido como tal, tuvo que producir, y así fue, la impresión del hombre ensimismado, del incorregible distraído, del típico sabio que daría pasto a una leyenda que a veces traspasó los límites de lo increíble. Benito Madariaga no pierde el tiempo en semejantes extravagancias y sólo alude de pasada a la correspondencia entre los padres y el estudiante que era ya distraído y descuidado en cuanto no fuesen sus libros. Prefiere que el lector siga sus pasos en las universidades de Barcelona, Madrid y Valladolid, los sucesivos encuentros con sus primeros maestros reconocidos – como Milá y Fontanals en aquella; y en Madrid el choque con Nicolás Salmerón y los krausistas, que provocó la rebeldía del muchacho insumiso a cualquier pretensión ajena a lo que constituía ya su rasgo tal vez más característico: la libertad intelectual.

De modo aparentemente paradójico, su traslado a Valladolid le deparó el trato y la amistad con alguien que iba a ser la persona más influyente en años cruciales de formación, el profesor de origen cántabro Gumersindo Laverde. Influencia que traspasó los límites de las torrenciales informaciones bibliográficas, y alcanzó el ámbito de las ideas y las interpretaciones no siempre «inocentes», como puede comprobar el lector de la caudalosa correspondencia entre ambos desde 1874 hasta 1890, fecha de la muerte de éste. El mismo Menéndez Pelayo lo manifestó en estos términos, citados por Madariaga: «... su nombre va unido a todos los conatos de historia de la ciencia española y muy especialmente a los míos, que acaso sin su estímulo y dirección no se hubiesen realizado». Por más que la «sumisión» del joven, entonces y más tarde, a los proyectos y sugerencias de Laverde, llegue a evidenciarse incluso en la idea clave que habría de dirigir los *Heterodoxos*. Su portentoso autor parecía haberlo leído todo y sabía mucho, pero no había tenido tiempo de elaborarlo por su cuenta.

Constituye una etapa de particular relevancia la de los viajes de estudio del flamante Doctor en Filosofía y Letras, que acababa de publicar ya su tesis, defendida en Madrid (1875) y, siguiendo las indicaciones de Laverde, iniciaría en Portugal sus pesquisas por Bibliotecas y Archivos. Luego seguiría Italia, después Francia – París -, Bélgica y Holanda. Otros viajes proyectados se quedaron sin realizar, pero a pesar de una estancia de sólo unos meses, los libros adquiridos y las

horas consumidas en la transcripción de textos arroja un saldo inverosímilmente cuantioso, como dejó constancia en sus cartas a Laverde, Pereda y otros amigos, algunas de ellas publicadas antes de su regreso. Las remitidas desde diversas ciudades de Italia resultan particularmente sugestivas. ¿Y qué era lo que buscaba, en Italia concretamente? Traducciones y textos originales de heterodoxos españoles y escritos de los jesuitas expulsados del XVIII; cuantos tuviesen que ver con la filosofía y la literatura españolas. La cultura de España estuvo siempre presente en sus afanes de investigación, desde *La Ciencia española*, su obra primeriza, ya publicada en parte antes del inicio de sus viajes, hasta las últimas.

Hay algo que guía los pasos del viajero en esa pronta búsqueda de heterodoxos, de españoles que pensaron y escribieron «de otro modo», lo que valdría para los mismos jesuitas, y es que se trataba de gente que pensaba con libertad, que pensaba por su propia cuenta. No se detiene demasiado en este aspecto Madariaga, quien sin duda ofrece los elementos de juicio que el lector no dejará de comprobar en *La Ciencia española* - a cuya polémica dedica un apartado - y en la *Historia de los Heterodoxos*, obra a la que dedica otro. Lo que creo que se debe a preferir mantenerse dentro de los límites de una biografía y no traspasarlos en el comentario y análisis de las grandes obras de los años de plenitud. Por eso nos relata acontecimientos cruciales como fueron las famosas oposiciones de Menéndez Pelayo a la cátedra de Historia de la Literatura en la Universidad Central y el estruendoso Brindis del Retiro, que tanto dicen de la fama que circundaba al joven y del ruido que podía armar con una intervención de circunstancias.

No olvida tampoco Madariaga los más y los menos de la vida académica de don Marcelino, entre ellos el desaire sufrido al ser rechazado para la dirección de la Academia de la Lengua, o la fallida candidatura al Premio Nobel. No cabe duda de que este hombre ensimismado cada vez más en su trabajo, si no perdía el aliento corriendo detrás de los honores públicos, tampoco dejaba de apetecerlos, viéndolos como un reconocimiento a su labor incansable. Pero luego se olvidaba de ellos. Elegido senador por la Universidad de Oviedo, no pisó nunca Oviedo, desanimando así al grupo de amigos y discípulos - entre los que se contaban institucionistas de extracción krausista- que le habían elegido y se sintieron decepcionados por su total inoperancia.

Por eso siendo disenter del uso de una expresión que considero excesiva: la de su supuesta «dedicación» a la política. Es verdad que llegó a pertenecer a un partido, que era el de su amigo Cánovas, pero no prestó mucha atención a ninguno de los puestos que primero pareció aceptar de buena gana y luego le resultaron enseguida demasiado fastidiosos. Por de pronto sentía un profundo escepticismo por su eficiencia, y además porque en definitiva le distraían de su actividad concentrada en el trabajo intelectual.

A pesar de lo sostenido por quienes han pretendido ver en Menéndez Pelayo un hombre de una sola pieza, imperturbable en sus convicciones e inasequible en su personalidad a cualquier «contagio» o influencia venida de fuera, ya subrayé al principio cómo sus más próximos discípulos, Ramón Menéndez Pidal, el primero, vieron en su maestro una pasión dominante, la búsqueda de la verdad científica y una actitud incansable de corrección, de autocrítica: fiel a sí mismo, pero en continua evolución de pensamiento, como pone de relieve su insatisfacción por sus escritos juveniles y su decisión de revisión, que por desgracia quedó en gran parte irrealizada debido a la brevedad de su corta madurez.

Se han señalado distintas etapas en la trayectoria vital de don Marcelino. Por mi parte me contento con lo que me parece una evidencia que se adelantó a afirmar Pedro Sáinz Rodríguez. El año 1890, vino a trazar una línea divisoria con la desaparición de don Gumersindo Laverde. Éste, con su influjo y orientaciones ininterrumpidas desde 1874, contribuyó a adelantar el reloj del jovencísimo Marcelino – como observó con perspicacia alguien – en publicaciones y polémicas.

Sólo al desaparecer Laverde, se entregó don Marcelino a su total dedicación como historiador de las ideas – por más que la *Historia de las Ideas estéticas en España* procediese de una muy anterior solicitud – y de crítico literario e historiador de la literatura patria. La serie de sus grandes títulos fluyó como un torrente: la *Antología de poetas líricos*, *Orígenes de la novela*, los estudios sobre el teatro de Lope de Vega, o los volúmenes de crítica histórica y literaria y tantas páginas más. Un torrente tan incontenible, que siempre quedaban inacabados porque iba creciendo su caudal a medida que se escribían. Lo que hizo posible que los volúmenes consagrados al siglo XIX en Francia y Alemania en la *Historia de las Ideas estéticas* equivalieran por sí solos a toda una introducción en la cultura europea, de impacto indecible en jóvenes lectores como el que ha escrito esta breve presentación del libro de Benito Madariaga.

Los dos últimos apartados de esta obra se titulan muy expresivamente «Soledad y tristeza» y «La antorcha que se apaga». Tristeza y soledad de los últimos años que provenían de muy diferentes causas: la muerte de sus padres, el asesinato de Cánovas, las sucesivas desapariciones de amigos como Valera y tantos más, la guerra y subsiguiente crisis de 98, el pesimismo respecto de numerosos aspectos de la cultura y la sociedad españolas. Sólo la pasión y la certeza por el valor de la propia obra mantuvieron viva su empresa creadora, incompleta a su muerte, como una colección de torsos geniales en el taller de un escultor sorprendido en plena labor. Según Gregorio Marañón, fue el trabajo la única amada de don Marcelino, después de los desengaños de su edad juvenil, y su consagración excluyente por ella contribuyó a minar su salud y en definitiva le costó la vida.

He querido presentar este «bosquejo biográfico de un humanista español» escrito por Benito Madariaga, subrayando aspectos que su lectura ha reavivado en mí, muy consciente de todo lo que no he podido comentar, como las notables páginas de Ciriaco Morón o la bibliografía ya clásica de Menéndez Pelayo que Madariaga ha tenido la feliz idea de reeditar.

FRANCISCO PÉREZ GUTIÉRREZ  
SOCIEDAD MENÉNDEZ PELAYO